

RESISTENCIA Y SUMISIÓN EN SOCIEDADES URBANAS Y DESIGUALES: POBLACIONES, VILLAS Y BARRIOS POPULARES EN CHILE

Francisca Márquez¹

PARTE I. LA IDENTIDAD POBLACIONAL Y EL PODER DE HABITAR

UN LUGAR EN LA CIUDAD

La aspiración y reivindicación de una mejor vida, de un “lugar” en la sociedad y la ciudad, es y ha sido históricamente una reivindicación de la base del movimiento de pobladores en Chile. Durante casi todo el siglo XX, la participación del mundo poblacional, entendida como expresión de soberanía ciudadana, contribuyó a controlar y a limitar el poder del Estado. La participación del movimiento de pobladores urbanos estimuló el desarrollo de una cultura de actoría y justicia social, pero sobre todo de inventiva en la lucha por ganar espacios a la ciudad.

En esta aspiración por un lugar en la ciudad, los pobladores de este siglo XXI parecieran no diferenciarse de sus antecesores. Sin embargo, sus relatos dejan entrever tres elementos distintivos de lo que fueron los viejos actores populares de mediados del siglo XX.

Uno, la debilidad de su adscripción de clase —obrero, popular— y la consecuente fragmentación de sus identidades; dos, la persistente aspiración a la igualdad, unos desde la equidad como principio de igualdad de oportunidades;

¹ Antropóloga y socióloga Ph. D. Presidenta del Colegio de Antropólogos de Chile; vicepresidente de la Fundación para la Superación de la Pobreza en Chile y docente e investigadora de la Escuela de Antropología de la Universidad Academia Humanismo Cristiano.

otros desde la solidaridad como principio de redistribución hacia el que nada tiene; y tres, estrechamente ligado a los dos anteriores, una acción fragmentada que se debate entre la resistencia, la sumisión y, progresivamente, el estallido contra un Estado que los niega en el reconocimiento de sus derechos.

Tal vez en estos tres grandes rasgos, considerando la tradición comunitaria y de lucha social, residan algunas de las características más importantes del mundo poblacional en el Chile actual.

LA IDENTIDAD FRAGMENTADA

Partamos de lo que aquí he llamado la identidad fragmentada. La pérdida y el debilitamiento de los viejos referentes de identidad, que daban vida y cuerpo a la clase obrera, parece imponerse en nuestras sociedades liberales. Junto con los viejos referentes de identidad, el relato de las luchas obreras y poblacionales parece ir quedando relegado a la nostalgia de unos y al olvido de otros. En contextos de desigualdad como el nuestro, y de frágil integración social respecto de los modelos de modernidad, los actores poblacionales no sólo están ausentes del escenario y del debate público, sino que también enfrentan dificultades para definir principios que les otorguen identidad y sentidos que unifiquen sus acciones. La vida en las villas y en las poblaciones en este siglo XXI muestra que las identidades, la pertenencia, la sociabilidad y la convivencia ciudadana no siempre resisten la fragmentación que impone la experiencia del gueto —que en su sentido etimológico viene de *getare*, arrojar a los extramuros— y el estigma que en ellos deja esta sociedad *estamental* —marcas que se hacían con hierro candente sobre la piel del esclavo.

Pero no siempre fue así. La historia del siglo XX está plagada de ejemplos de pobladores en los que el sentido de la identidad se construía justamente al calor de la lucha por un espacio en la ciudad y la sociedad, de la lucha por torcerle la mano a un Estado reticente, de la lucha contra los poderes ocultos de la sociedad. Era ahí donde el orgullo de ser poblador nacía. Hoy, sin embargo, esa identidad poblacional no sólo se encuentra fragmentada en términos de la continuidad y de la unidad de su relato, sino también de la posibilidad de su reconocimiento, para usar las categorías del maestro Lévi-Strauss.

Cuando se habla de identidades fragmentadas, lo que se está diciendo es que los quiebres y los vacíos de identidad del discurso en el mundo poblacional son profundos: entre padres e hijos, entre vecinos y vecinas, entre obreros y estudiantes, entre el viejo trabajador y la joven vendedora del *mall*, el relato poblacional contiene trizaduras, olvidos y silencios, a veces profundos. Un discurso fragmentado, deshilado, advierte Lévi-Strauss, es un discurso que pierde su fuerza de larga duración y con ello también la fuerza de penetrar y

de imponerse al discurso de un poder y de un Estado que domina desde su invisible presencia.

“Los hombres son más los hijos de su tiempo que de sus padres”, decía el historiador Marc Bloch. Es cierto, siempre lo ha sido; pero tal vez hoy lo sea todavía más que en tiempos de transformaciones vertiginosas y desigualdades crecientes entre los hombres. La memoria de los espacios poblacionales ha quedado rezagada, perdida en el vacío. Doblemente desheredados: del legado de sus ancestros y de las promesas de la modernidad contemporánea.

Un relato fragmentado es también un relato que pierde unidad. En contextos de fuerte segregación, guetización y desigualdad, la diversidad de los elementos que brindan una identidad, más que constituir un recurso, un capital social, simbólico, económico, parecen más bien un impedimento para que este relato pueda constituirse como tal. Los fragmentos prevalecen sobre la unidad. El desconcierto de las identidades es el desconcierto de la cultura y de la acción poblacional: “Antes sabíamos por qué luchar”, decía una pobladora al referirse a tiempos pasados.

Lo que hoy está en juego es la capacidad de historicidad de estas identidades poblacionales.

Y cuando los fragmentos son más que la totalidad, muy difícil será componer el mosaico, y en consecuencia ser re-conocido en toda su magnitud. Descalificación, desconocimiento, se han convertido en componentes centrales de la experiencia de la alteridad de estas identidades desconcertadas del mundo poblacional. Distancia subjetiva y social profunda con un Estado y una sociedad que los fija en su condición de excluidos y asistidos, de parias de los extramuros de la ciudad. No hay disciplinamiento más eficaz, dice Michel Foucault, que aquel que distribuye y ordena a los individuos en el espacio. Y así ha sido y así continúa siendo desde el nacimiento de la República, desde el camino de cintura que separa el Santiago propio del Santiago impío y plebeyo. Esfuerzo civilizatorio del espacio popular urbano que se reactualiza una y otra vez en las fronteras de la ciudad. Extramuros de la supervivencia, la descalificación y la negación de los derechos a los que por décadas se resistió el movimiento poblacional.

En este universo social de la descalificación y de la vulnerabilidad, el campo de lo posible, de lo imaginable, ciertamente se estrecha. El pensamiento y las posibilidades de sí mismo pueden reducirse a su más mínima expresión —como ocurre entre los más marginales, apostados en las salas de espera de cada municipio—, a la urgencia del lograr sobrevivir el día a día. Sobre este fondo de déficit de identidad no puede entonces sino instaurarse un proyecto pragmático y defensivo que preserve y asegure lo que de sí mismo persiste y resiste. “La sumisión voluntaria” a este Estado omnipresente e impenetrable, de la que

hablaba Étienne de La Boétie, es para algunos la única salida posible, para otros la rabia y el estallido contra lo que más duele, los iguales.

LA ACCIÓN FRAGMENTADA

Si la acción y la lucha concertada constituían el principal capital del mundo poblacional, hoy la precariedad de los referentes colectivos, y los obstáculos que impone el mercado a la construcción de una acción colectiva, han pasado a ser las referencias más fuertes. La acción poblacional se debate entre una diversidad de principios que hablan de la creciente individualización y del desapego de los vínculos y hábitos que contenían y a la vez protegían el mundo poblacional. Fragmentación de la identidad y fragmentación de su acción, que probablemente se encuentra a la base de los enfrentamientos poblacionales que se ven surgir en el seno mismo del mundo poblacional y que tal vez se seguirán viendo.

La resistencia nostálgica, la sumisión y el reclamo, la lucha individual o el estallido enrabiado amenazan hoy con eclipsar toda acción concertada. La vieja lucha por el derecho a un lugar en la ciudad se ha transformado progresivamente en la lucha interna por un lugar en los estrechos márgenes del propio gueto. En esta trastienda poblacional, la disputa, como en el juego de espejos, termina por volverse contra ellos mismos: el poblador que obtuvo su vivienda —tal vez en un juego de sumisiones y pragmatismo— se convierte a menudo en el único adversario visible y posible, en el enemigo interno contra el que estallará la rabia contenida de sus iguales. Hechos como los del 6 de abril, o los ajustes de cuentas entre pandillas de jóvenes y bandas de microtráfico pueden terminar por socavar los cimientos que décadas de historia y lucha común le valieron a punta de convicción y también de sangre, el reconocimiento y el respeto al mundo poblacional.

La desconfianza en el Estado no se traduce en la confianza en el mundo poblacional, y tampoco, por cierto, en los mecanismos del mercado. Paradójicamente, el Estado sigue siendo percibido como el principal —y a veces único— responsable y garante del desarrollo y la igualdad.

En la desconfianza y en el temor al otro, en Chile, se agazapa el miedo de terminar ocupando el patio trasero. Y es que ser joven, mujer, pobre, mapuche o cesante en este país puede significar, para muchos, ocupar el patio trasero de la democracia, vivir una ciudadanía restringida en la que la distancia entre aquello que se quiere ser y aquello que se logra se asienta. Porque en un país desigual, donde el peso de los orígenes es una evidencia fuerte, la probabilidad de levantar una imagen de sí, distinta con y desde otros, parece remota.

Ésta es la historia, por ejemplo, de la llamada nueva pobreza, categoría que incluye a aquellas familias que durante la década de los noventa pudieron pasar

de los márgenes del río, del campamento y de la choza, a lo que hoy día se conoce como villas o conjuntos de viviendas sociales; viviendas que van de los 35 a los 48 metros cuadrados para familias a menudo de cuatro a seis personas.

“Quiero volver al campamento”, decía con convicción una pobladora recientemente erradicada a una villa, mientras las demás vecinas asentían con la cabeza. Y aunque la mayoría de estas familias se muestra conforme con los beneficios que supone vivir en una casa con luz, agua y alcantarillado, la nostalgia de esa manera “comunitaria” de vivir a las orillas del río gana fuerza a medida que transcurre el tiempo. Rotos los viejos lazos de sociabilidad de la comunidad de iguales, los pobladores se enfrentan a un vecindario en el que, a pesar de ellos, la desconfianza, el miedo y la inseguridad no tardarán en instalarse.

Integración y reconocimiento son las demandas que se escuchan una y otra vez en cada una de estas familias. Y aunque su vivienda actual la saben mejor que sus viejas rucas, incluso mejor que las viviendas sociales de la década de los ochenta, todos ellos se sienten excluidos, habitantes de los bordes de la ciudad. Más educados, mejor alimentados y con techo, los nuevos pobres de este país aún ocupan el patio trasero de nuestra democracia. En este modelo de ciudad de fronteras, marcada por la afirmación de una ciudadanía privada, la comunidad y las identidades fuertemente fragmentadas se viven mal.

PARTE II. DE LA AUTOCONSTRUCCIÓN TUTELADA A LA PRIVATIZACIÓN SEGREGADA EN CHILE

El origen de las poblaciones y de los barrios populares más emblemáticos de la ciudad de Santiago se debe rastrear en las décadas de los cincuenta y sesenta, período marcado por el nacimiento del movimiento urbano y el crecimiento de la pobreza que surgía junto a una alta migración rural. En este período de incremento de la población marginal urbana, el Estado crea los primeros planes nacionales de vivienda. Las décadas que siguen serán testigos de la expansión de la capacidad organizativa de los “pobres de la ciudad”, de su capacidad de influir con miras a satisfacer sus necesidades de vivienda y de incidir en el reordenamiento urbano.

Este proceso de apropiación de la ciudad por parte de los pobladores no sólo fue relevante en términos del protagonismo que ellos alcanzaron en la ciudad, sino también por su injerencia en los procesos de cambio social y político que removieron a la sociedad chilena. El movimiento de pobladores, iniciado a mediados del siglo XX, permitió alcanzar y reivindicar formas más dignas de vida en la ciudad.²

² El concepto mismo de “poblador”, con el que se denominó a los pobres de la ciudad, surgió

Si en los años del Frente Popular los protagonistas fueron los sindicatos de trabajadores urbanos, en los años de la Revolución en Libertad lo serían los pobladores y su demanda por un espacio en la ciudad, los campesinos y su exigencia de tierras. En este período, los pobres de la ciudad crecieron y se convirtieron en actores centrales de la sociedad. La acción de los pobladores ponía de manifiesto el problema de la inclusión en la ciudad y en la sociedad. El Estado reaccionó no sólo porque no era deseable que hechos sociales como la toma de La Victoria en 1957 se repitieran, sino porque un mínimo de justicia obligaba a poner en marcha los planes de vivienda popular.³ Si bien los pobladores poseían sus propias tradiciones organizativas, éstas se vieron potenciadas a fines de la década de los cincuenta y hasta finales de los sesenta por personajes que esgrimían nuevos discursos de cambio y justicia social.

El régimen militar de las décadas posteriores y sus transformaciones institucionales tuvieron consecuencias profundas para los movimientos urbanos y la localización de los pobres en la ciudad. No sólo terminó con las “tomas” organizadas de terrenos y silenció el movimiento de pobladores, sino que además creó la política de erradicación de poblaciones más grande que haya conocido la historia de Chile. En pocos años, los “pobres” fueron “reubicados” y “atomizados” en los márgenes de la ciudad, en viviendas semejantes, por su tamaño y forma, a “cajas de fósforos”.

Las erradicaciones de pobladores, con sus viviendas para pobres y en comunas de pobres, inauguran así una nueva etapa en la construcción de la ciudad de Santiago. No sólo la segregación urbana se consolida, sino también el miedo y la violencia, en una ciudad hecha de guetos y *apartheid*. El déficit de políticas de vivienda no haría sino agudizar el drama de los sin casas. El allegamiento y el hacinamiento caracterizarán las condiciones de vida de una proporción no menor de familias pobres de la década de los ochenta. Resistencia y supervivencia marcarán el quehacer subterráneo de las organizaciones de pobladores.

Durante la década de los noventa, con el retorno a la democracia, los lineamientos básicos del modelo neoliberal se conservan, y con ellos el criterio de las políticas urbanas. El objetivo declarado, sin embargo, sería el de eliminar los rasgos autoritarios y “paternalistas” que el Estado había adquirido en décadas

y se extendió en la década de los sesenta. Sin embargo, fue en la coyuntura electoral de 1970 cuando la ciudad se pobló de “campamentos”, los pobladores fundaron nuevos barrios en la capital y obtuvieron una nueva posición en la ciudad y en la sociedad urbana.

³ El Plan Habitacional de Alessandri, más allá de la precariedad de las nuevas formas de poblamiento, inauguró un sistemático plan de reubicación de los más pobres en la ciudad. El gobierno posterior de Frei Montalva debió entonces incluir en sus planes de vivienda las denominadas “soluciones habitacionales”, es decir, formas de poblamiento precario, pero en un sitio propio, cuando la presión y la movilización popular ya no admitían esperas.

anteriores. Se trataría de quebrantar así las actitudes clientelistas y de fomentar el sentido de responsabilidad y de ejercicio ciudadano.

El debate de las políticas sociales de la década de los noventa no se centra en la superación de la desigualdad social sino en el desafío de la superación de la línea de la pobreza. Por esta razón, la construcción de viviendas se masifica, pero se descuidan dos aspectos centrales que sí habían estado presentes en la década de los sesenta: localización y, en menor grado, calidad (Bajoit, 2002).

A partir del análisis de la construcción de dos espacios barriales populares, Villa La Reina, construida en 1967 durante la llamada Revolución en Libertad, y Villa San Arturo, construida treinta años después, durante el período de la concertación democrática, se aborda a continuación la cuestión poblacional en Chile.

El análisis de estos dos períodos revela cómo el mundo poblacional ha ido perdiendo fuerza en ciertos principios básicos de los procesos de construcción de una ciudad más democrática, igualitaria e integradora.

LA AUTOCONSTRUCCIÓN TUTELADA DE LA DÉCADA DE LOS SESENTA: VILLA LA REINA, 1967

El tiempo histórico

A mediados de la década del sesenta corrían en Chile vientos de humanismo cristiano, de promoción popular, y una democracia cristiana fuerte tras la figura del presidente Eduardo Frei Montalva. Son los años de la Alianza para el Progreso, de la CEPAL y su teoría estructural sobre el desarrollo. El ambiente era propicio para desarrollar los grandes cambios que llevarían a la modernización del capitalismo nacional. La Revolución en Libertad enmarca así la reforma agraria, el programa de la promoción popular y, en lo habitacional, el propósito de promover la construcción de viviendas para absorber el crecimiento demográfico y mejorar el nivel de vivienda de los pobladores. Eran tiempos en los que la población del Gran Santiago crecía estrepitosamente: superaba los dos millones de habitantes. Con la llegada a la capital de campesinos empobrecidos en busca de un trabajo y un mejor vivir, la precariedad habitacional aumentó. En 1966, el 12% de la población de Santiago vivía en conventillos.

El enfoque de la intervención del Estado difiere del gobierno de Alessandri: la política habitacional se concibe ahora en el marco de una política de integración y participación social dirigida por el partido Demócrata Cristiano. Con la autoconstrucción de viviendas y la organización de sus condiciones de vida (MINVU, 2004), el Partido proclamaba las virtudes de la comunidad popular. La noción de marginalidad como supuesto social, promovida por el jesuita Vec-

kemanns y la DESAL, inspiraba el quehacer de las políticas en torno a los más pobres. El quehacer del Estado se abocaba al fomento de las organizaciones de base y a los cambios institucionales, en especial mediante una ley de juntas de vecinos. Los pobladores marginales eran convocados a participar activamente en la política de vivienda, estableciéndose así un estrecho vínculo entre vida asociativa comunitaria y vida política. De esta manera, la política de vivienda lograba responder y canalizar las reivindicaciones de los marginales pero, por sobre todo, lograba integrarlos institucionalmente al desarrollo de la ciudad.

La creación del Plan de Ahorro Popular y la estrecha relación que surgía entre el desarrollo urbano y la política habitacional se sumaron a este nuevo enfoque, organizando y racionalizando la producción habitacional.⁴ La Corporación de Mejoramiento Urbano (Cormu), por su parte, gestionaba la creación de sociedades mixtas de mejoramiento urbano junto a municipios y entidades públicas.⁵

La premisa de mediados de la década de los sesenta es “construir viviendas dignas, pero ajustadas a la capacidad de pago de sus asignatarios”; viviendas más pequeñas, en comparación con las cifras históricas, pero que contaran con el equipamiento indispensable para la vida familiar y el desarrollo comunitario.

La creciente movilización social ejercía cada vez más presión, y obligaba a redefinir los planes que se proponían. La demanda de vivienda aumenta de manera progresiva: si en 1968 hubo ocho tomas de terreno, en 1969 éstas habían ascendido a veintitrés y en 1970 llegaban a 220. El aparato administrativo no logró operar a gran escala. Después de 1967, las luchas de los pobladores escaparon al control institucional y las ocupaciones ilegales de terreno se multiplicaron. Luchas de pobladores que se entremezclaron con la política nacional populista

⁴ El sector se reorganiza institucionalmente mediante la Ley 16.391 del año 1965. La ley crea el Ministerio de Vivienda y Urbanismo, la Corporación de Servicios Habitacionales (Corhabit), la Corporación de Mejoramiento Urbano (Cormu); se reorganizan las dependencias de la Corvi y la Dirección de Obras Urbanas, reformada ésta dos años más tarde para convertirse en la cuarta de las corporaciones del período: la Corporación de Obras Urbanas.

⁵ Uno de los ejemplos más divulgados, reactivado posteriormente, fue el caso de Urcorei, que articuló las acciones de la Cormu y el Plan de Desarrollo Comunal de la municipalidad de La Reina. Se fijaban así las relaciones entre los programas habitacionales y el desarrollo global de la ciudad. La relación entre la actividad económica y el espacio territorial se incorpora en la planificación, y se definen políticas nacionales de planificación y acciones dirigidas al desarrollo regional. Con el fin de desarrollar estudios de preinversión en áreas de vivienda y desarrollo urbano, se inicia un programa de asistencia técnica destinado a los municipios de las principales ciudades. Los municipios reciben capacitación para instalar las Oficinas de Programación de Desarrollo Local. El papel de los estudios de preinversión y la modificación del artículo 10 de la Constitución Política, que posibilita acciones más expeditas de expropiación del suelo urbano con el fin de mejorar las instalaciones de las zonas residenciales, es de especial relevancia en el caso de Villa La Reina.

de la promoción popular. La ideología y las organizaciones promovidas por el mismo Estado dieron lugar a una demanda popular creciente que la sociedad no pudo absorber (Dubet *et ál.*, 1989). Si bien el movimiento estaba vinculado al Estado y dependía de los partidos políticos, el empeño de las organizaciones comunitarias en mejorar las condiciones de vida y consolidar una identidad colectiva impedía que aquél se redujera al simple clientelismo.

El arquitecto y urbanista

El proceso de construcción de Villa La Reina, ubicada en la comuna de La Reina,⁶ debe ser comprendido en este contexto político y social, y en estrecha relación con la figura de su creador, el arquitecto y entonces alcalde (1964) Fernando Castillo Velasco. El liderazgo de Castillo Velasco se construye al alero de los movimientos de pobladores y estudiantes, cuyas demandas democratizadoras marcaron los gobiernos de Alessandri, Frei Montalva y Allende: derecho a viviendas dignas, salud, educación y participación (Zerán, 1998).

Inspirado en los valores del humanismo cristiano, Castillo Velasco concibe al ser humano como sujeto central de su visión arquitectónica. A partir de allí proyecta su ideal de vivienda, barrio, comuna, ciudad y país. En su concepción, la arquitectura se entrelaza a la política, y la estética a la ética.

La construcción de Villa La Reina recoge los postulados centrales y más radicales de la época: la integración social a la ciudad y a las fuentes laborales; la participación, la organización y la autoconstrucción. Villa La Reina se inspira también en la constatación de una sociedad que tiende a segregar y marginalizar.⁷ Evitar la erradicación de los más pobres y marginales hacia la periferia de la ciudad constituía un principio básico de política social y diseño urbano de la época.

En este proceso de integración, y a la vez de ruptura con los patrones clásicos de segregación urbana, Castillo Velasco concibe la pieza clave de este proyecto: el Parque Industrial. El proyecto original planteaba la integración del Parque al desarrollo comunal, y a su vez la satisfacción de las expectativas de los trabajadores no sólo en lo laboral sino también en actividades afines como la capacitación técnico-profesional, recreación, atención médica y servicio social.

⁶ Los terrenos de la comuna La Reina corresponden al loteo del fundo La Reina realizado en 1940. En el año de 1963, estos terrenos son separados de la comuna de Ñuñoa, con la consiguiente creación territorial y administrativa de La Reina. Villa La Reina colinda al norte con la avenida Larraín, al sur con Talinay, al este con Diputada Laura Rodríguez y al oeste con Canal Las Perdices.

⁷ Eduardo San Martín, en Zerán (1998).

Villa La Reina responde, sobre todo, a un anhelo de la época de pensar las políticas habitacionales de manera articulada a la planificación urbana y a una ciudad más amable, capaz de contener en sí misma los principios de una sociedad que convive bien, que tiene vida comunitaria. El proyecto del diseño urbano de Villa La Reina, en el que sólo hay cuatro arterias principales que desembocan en la avenida Larraín, y unos pasajes que dan a esquinas formando pequeñas plazoletas, refleja claramente su objetivo (Castillo Velasco, 1981). La preocupación por la recuperación de los espacios públicos está a la base del hecho de pensar el diseño urbano, y ciertamente también de Villa La Reina. “La ciudad necesita hoy un lugar intermedio entre el espacio privado y el público”, dirá Castillo Velasco. Esta preocupación por los espacios intermedios llevará a privilegiar los espacios de uso comunitario, y un trazado de calles zigzagueantes que conformarán las pequeñas plazoletas de Villa La Reina.

A un diseño concebido para favorecer la convivencia se sumó la participación en la autogestión. Ésta permitió pensar y diseñar soluciones habitacionales a la medida de sus habitantes. La autoconstrucción y la participación crean “voluntad” y sentido de pertenencia, en los términos de Castillo Velasco.

Participación y autoconstrucción

La autoconstrucción está en la base del proyecto: no sólo permitió abaratar los costos de mano de obra del proyecto y crear un sentido de pertenencia y compromiso, sino que sobre todo afianzó la confianza en las propias capacidades. El relato de sus pobladores, así como el de su gestor, Castillo Velasco, es un relato épico que recoge y expresa el carácter de hazaña de lo construido; pero también del esfuerzo mancomunado y de destrezas que se sumaron hábilmente.

La experiencia de Villa La Reina, en efecto, no obedeció exclusivamente a las exigencias que los pobladores le hacen al Estado: nació de la articulación virtuosa de individuos con intereses, capacidades y habilidades diversas. Sin embargo, es claro que la presencia del Estado o del municipio, en la figura de su alcalde, fue en principio pieza central en la gestión y construcción del proyecto. Villa La Reina nace de un proceso de fuerte autogestión tutelada que a su vez le otorgaba a su quehacer un marco de institucionalidad.

La relación entre el comité de pobladores y los partidos políticos era estrecha. Y aun cuando muchos de ellos nacían justamente de afinidades partidarias, y esto ocasionaba tensiones y fricciones entre los comités, se logró constituir una federación de pobladores que agrupaba a los dieciséis comités existentes.

La estricta organización de los pobladores permitía distribuir tareas, turnos y medición del tiempo de trabajo en puntos; éstos se acumulaban hasta completar

el puntaje requerido para la obtención de una vivienda. La unidad de cuenta era el trabajo; el dinero, en cambio, tenía una injerencia menor.

El proceso de autoconstrucción, tal como se había programado, tomó cuatro años. Familias enteras trabajaban sábados y domingos en faenas completas. La compra de materiales, así como la distribución entre los distintos comités, también se autogestionaba. Una vez concluido el período de gobierno del presidente Frei Montalvo, el proceso de autoconstrucción aún no terminaba. Pero con la llegada del gobierno de la Unidad Popular el apoyo estatal perdió fuerza y las dinámicas sociales entre los pobladores tendieron a romperse y a polarizarse. A pesar de que la vivienda se levantaba como un derecho indiscutible, sería el Estado el principal responsable de velar por el cumplimiento de este derecho. Aun así, los pobladores continuaron con el proceso de construcción y terminación de sus viviendas, aunque de manera menos organizada y colectiva.

El 11 de septiembre de 1973 concluyó el proyecto de autoconstrucción, pero no con la experiencia y el aprendizaje que en cada uno de ellos se había acumulado durante esos años. “La autoconstrucción aún existe”, dice una pobladora casi cuarenta años después. Con el regreso de la democracia y de Fernando Castillo Velasco al municipio de La Reina a mediados de la década de los noventa, la memoria pareció reactivarse y las nuevas generaciones volvieron a hablar y a recordar la experiencia colectiva de los años sesenta.

Lo cierto es que hoy, treinta años después, nadie se quiere ir de Villa La Reina. La comuna no sólo sigue siendo un espacio privilegiado en términos de emplazamiento y vegetación, sino que además se encuentra entre las comunas de la región metropolitana con los índices más bajos de delincuencia.⁸ Más allá de las cifras, del deterioro de las calles y de los muros, de la cesantía,⁹ del microtráfico, de la delincuencia, los lazos de convivencia persisten, así como el orgullo por su historia y por el hecho de habitar una comuna integrada a la ciudad de Santiago.

Las nuevas generaciones quisieran permanecer en la integración de esta comuna privilegiada a la gran ciudad. Pocos lo logran. Pero cuando parten, aspiran siempre a reproducir un modelo de vida similar.¹⁰ Entre los más viejos, los

⁸ En el año 2003, Adimark advirtió que en La Reina aumentaba el índice de victimización: es decir, que crecía la sensación de inseguridad porque algún miembro de la familia había sido víctima de un robo con violencia.

⁹ Sólo un 60% de los trabajadores del Parque Industrial son vecinos de la Villa. El proyecto original contemplaba un parque industrial con una habitación-vivienda al lado. Esto ha funcionado sólo en parte.

¹⁰ Aun así, el alcalde Castillo Velasco consiguió que unas sesenta familias, los hijos y nietos de los constructores de la villa, migraran hacia Peñaflor y desarrollaran un proyecto similar, aunque más pequeño.

temores tienen que ver con el avance de los males de la pobreza y la exclusión social en la Villa. La resistencia de los más viejos hecha mano de la memoria y de los saberes de la autogestión, de la autonomía frente al Estado. Lo hacen, por ejemplo, cuando los vecinos decidieron derrumbar unos muros que sólo servían para cobijar ladrones y delincuentes; o cuando mujeres y niños se esforzaron para construir de los desechos de una gran fábrica “una plaza con áreas verdes para que tuviéramos algo fresco”. La memoria reactualizada se transforma así en resistencia frente a una sociedad que los margina en sus aspiraciones.

*DE LA PRIVATIZACIÓN SEGREGADA DE LA DÉCADA DE LOS NOVENTA:
VILLA SAN ARTURO DE MAIPÚ, 1997*

El tiempo histórico

Junto con la recuperación de la democracia, a principios de la década de los noventa, surgen en Santiago nuevos campamentos a orillas del río Mapocho, líneas de trenes, basurales, terrenos baldíos y estatales. Las ocupaciones “ilegales” por parte de las familias que desde el período del gobierno militar habían vivido en condiciones de miserable allegamiento se reactivarán de manera espontánea. Ya no se hablará de “tomas” sino de “asentamientos irregulares”. Y en sentido estricto, estas ocupaciones están lejos de ser lo que fueron en la década de los setenta. De manera silenciosa y solitaria, los “sin casa” se desplazarán en las noches, con sus cartones y maderas para construir sus precarias viviendas.

La llegada de la democracia no activa el movimiento y las demandas colectivas, pero abre un espacio de “respiro” y una esperanza de solución. La década de los noventa marca un nuevo pacto entre los pobladores y el Estado. Con políticas más descentralizadas, los municipios no tendrán dificultad en orientar las nuevas políticas sociales hacia los “lunares de pobreza”. El aumento significativo de la construcción de viviendas sociales, junto con políticas para incentivar el ahorro, permite que muchas familias accedan al “sueño de la casa propia”.

La adquisición de vivienda pasa entonces a ser objeto de preocupación de las políticas sociales para “la superación de la pobreza”. A mediados de la década de los noventa la vivienda se transformará en instrumento clave, en el punto de partida para la erradicación de la pobreza y la indigencia en Chile.¹¹ No serán los pobladores organizados quienes demandarán este derecho; el Estado, mediante una compleja ingeniería social, incentivará a las familias para que se

¹¹ La meta de “erradicar” los 970 campamentos que existían en el país a mediados de la década de los noventa se convierte en política pública. El programa Chile Barrio nace justamente cuando se constata que estos 970 campamentos existen, pero también en respuesta a la dispersión de los programas públicos a la hora de abordar y enfrentar las situaciones de extrema pobreza.

postulan a este derecho. Con la entrega de subsidios y apoyos complementarios a las familias, la vivienda y el barrio se sitúan en el centro de una política integral e intersectorial para superar la pobreza.

El esfuerzo estatal en materia habitacional implicó el traslado definitivo de la población que habitaba en campamentos o como allegados hacia las nuevas villas de vivienda social. Éstas concentran la mayoría de los pobres urbanos. Entre los años 1992 a 2002, las viviendas aumentan en un 25,7%, muy por encima del crecimiento poblacional del período (13,3%), y el número de viviendas construidas con materiales precarios —mediaguas, piezas— decrece en un 42,9%. Según el censo del año 2002, alrededor del 60% del total de las viviendas construidas en el país pertenece a programas habitacionales subsidiados. Las condiciones de vida y de urbanización de los más pobres mejoraron sustantivamente.¹² La nueva pobreza urbana de Santiago es, hoy en día, la pobreza de “los con techo” (Rodríguez, 2001).

La villa sin nombre

En la periferia de la comuna de Maipú, entre la avenida Ferrocarril y el canal Santa Marta, existe una villa cuyo nombre desconocen todos, aun la municipalidad: San Arturo, Don Arturo, Los Héroe, Carlos V, La Villa. Si bien fue construida con los fondos del programa Chile Barrio, hasta el año 2002 no existía legalmente ni se encontraba en los mapas de la ciudad. A ésta no llega locomoción colectiva, ni ambulancias, y rara vez la policía. Sin embargo, allí habitan, desde 1999, 408 familias.

La Villa se compone de 46 edificios —sus vecinos las llaman “las naves”—, cada uno de tres pisos y doce departamentos que dan a un pasillo común. Los departamentos no superan los 44 metros cuadrados, y en promedio viven cinco personas por familia. De diseño simple, pero colores alegres, la Villa parece una más entre muchas otras. Con escasas y deterioradas áreas verdes, una sede social completamente destruida y saqueada, ofrece un panorama árido y desolado para quien la visita por primera vez.

En el año 2000, el ingreso promedio de las familias entrevistadas era equivalente al sueldo mínimo, o en algunos casos inferior. La escasa participación laboral de las mujeres, el alto número de hijos en edad escolar y los gastos que supone vivir en casa propia torna especialmente difícil la situación económica de estas familias. Tras la erradicación de sus comunas de origen, muchos

¹² La mejoría de las condiciones de vida de los beneficiados es evidente. El uso de la letrina o pozo negro, como sistema de eliminación de excretas, se redujo entre 1987 y el 2002 del 47% al 27,4% en el quintil I, y del 36,2% al 16% en el quintil II. Esto debido en gran medida al esfuerzo que se hizo en el período en materia de vivienda social.

de los hombres perdieron sus trabajos: ese mismo año, sólo dos de cada siete personas económicamente activas tenía un trabajo estable —en construcción, principalmente—.

Todos los vecinos coinciden en que los dividendos son demasiado altos para sus ingresos y la calidad de las viviendas. Para muchas familias, el monto mensual del dividendo equivale al 50% de sus precarios ingresos. Por ende, la morosidad llega casi al 100% de los hogares.

Los pobladores nunca pudieron ver sus viviendas antes de ocuparlas: la entrega se aplazaba una y otra vez, pero en todo caso la noticia de haber sido asignados es recordada como uno de los momentos más emocionantes de sus vidas. Si bien las historias y las aspiraciones de cada una de estas familias son diferentes, la necesidad y el deseo de integración y reconocimiento es común a todos ellos: aun cuando saben que sus viviendas actuales son mejores que sus viejas mediaguas,¹³ mejores incluso que las viviendas sociales de la década de los ochenta, todos ellos se saben excluidos, habitantes de los bordes de la ciudad. En este modelo de *ciudad segregada* y ciudadanía privada, la ausencia de rituales, ceremonias y festejos que celebren el inicio de una nueva vida se vive mal. Sin títulos de dominio, sin otro gesto que la entrega apresurada de una llave, los vecinos perciben que sus vidas no serán lo que habían soñado, que el estigma de la pobreza aún los acompaña.

Ciertamente, el Estado de los años noventa resolvió el gran déficit habitacional que venía de las décadas anteriores. En Chile, en toda su historia, nunca se había construido tanta vivienda social. El problema de los sin techo y allegados de este país tuvo al menos algún alivio. Aún así, ellos están descontentos. El fondo de sus reclamos, finalmente, tiene que ver con los términos a partir de los cuales quieren y aspiran a construir su relación con el Estado y la sociedad en su conjunto.

Recluidas en sus viviendas, y afanadas en obtener los ingresos necesarios para su supervivencia, las familias del antiguo campamento ya no participan, salvo en el cuidado de la pequeña iglesia evangélica que construyeron y de la plazoleta que comparten, la más verde de la villa. Lo demás es llana supervivencia. El encierro, la soledad y la falta de solidaridad es lo que según ellos caracteriza a la Villa. En sus relatos aparece una y otra vez la nostalgia por la comunidad del viejo campamento. Desconcertados, impotentes ante la desconfianza y la violencia que se ha apoderado de la vida barrial, añoran la comunidad que perdieron y no dejan de soñar en recuperar algo de su antiguo modo de vida.

De sus nuevas viviendas destacan ellos la mala calidad, el hacinamiento, la promiscuidad y la falta de privacidad. En el campamento, la organización del

¹³ Vivienda precaria de madera y techo de latón.

espacio era flexible; estaban acostumbrados a espacios amplios que se adaptaban a las necesidades de las familias. Estos nuevos departamentos, en cambio, los obligan a vivir en un espacio cuya organización es fija, rígida, y en el que cualquier tipo de adaptación supone necesariamente transgredir el espacio común. El hacinamiento y la promiscuidad no caracterizaban la vida del campamento: lo intrincado y laberíntico del diseño y la distribución de sus antiguas casas aislaba los espacios, garantizaba la convivencia comunitaria y al mismo tiempo la intimidad. En cambio, el diseño, el tamaño y la mala calidad de las viviendas actuales hacen que las familias vivan en permanente situación de angustia: lo reducido del espacio niega cualquier posibilidad de ajuste a sus necesidades. Aun así, muchos se atreverán a transgredir las normas y construirán lo que requieren.

Para las familias que venían ya como allegadas de sus lugares de origen, la falta de espacio no es un factor que los perturbe especialmente. El hacinamiento existe, pero al menos viven en familia, no con extraños. Como allegados, así vivieron durante muchos años. Les preocupa, en cambio, la mala calidad de las viviendas y el deterioro del entorno. Para ellos la vivienda es fundamentalmente una inversión a mediano plazo, y como su aspiración es partir algún día, temen que en ese entonces no puedan venderlas a un precio razonable.

El Estado ausente

Los habitantes de esta villa sin nombre no pueden explicarse la ausencia del Estado en su territorio. Los rumores que corren de boca en boca y las conversaciones de pasillo dan forma a la escasa sociabilidad entre vecinos: que serán desalojados, que sus terrenos serán vendidos, que una gran tienda ha decidido construir allí, que los vecinos de los barrios más pudientes han exigido su expulsión de la comuna. Éstos son algunos de los comentarios más frecuentes.

Lo que todos saben es que Maipú es una comuna de una nueva clase media. Se conoce como “clase aspiracional”, y se caracteriza, entre otras, porque la pobreza no es bienvenida. Con escasas escuelas públicas, sin micros que entren a la villa, sin ferias donde comprar a buen precio, sin poder acudir a la municipalidad en busca de ayuda, sin títulos de dominio y sin ceremonial que consagre su nueva vida, los habitantes de la Villa se sienten abandonados.

Las respuestas de los vecinos van surgiendo esporádica y desordenadamente: se toman la calle para exigir la presencia del alcalde, acuden a la televisión para que se sepa de su situación, contratan a un abogado para que gestione sus demandas ante el Ministerio de la Vivienda... Sin un rumbo claro, por supuesto. Las acciones se suceden entonces una tras otra sin que jamás se vean sus frutos. Finalmente, el sentimiento de impotencia frente a la invisibilidad: “Nosotros no existimos”, decía una vecina.

El anonimato y la invisibilidad, no obstante, tienen sus ventajas: vivir sin pagar, aunque el costo sea no ser escuchado jamás. A pesar de los subsidios, de las viviendas, de las aspiraciones de movilidad, de la nostalgia y el empeño por revivir la comunidad, los vecinos de esta villa tienen miedo: cada uno se sabe olvidado, y lejos, muy lejos de lograr la tan anhelada integración y el reconocimiento social. El abandono, la violencia, la invisibilidad y el estigma de su pobreza es lo queda de esta historia.

La segregación como política

Recientes estudios del PNUD/SUR y del MINVU revelan la insatisfacción de los habitantes de estos nuevos barrios. La historia de Villa de Maipú lo confirma. Esta insatisfacción no sólo atañe a sus viviendas, sino principalmente al barrio y al vecindario. El deseo de migrar está directamente asociado a la insatisfacción con el modo de vida y la sociabilidad que se impone entre estos habitantes.

No pocos estudios denuncian las falencias de este sistema: la supremacía de la cantidad por sobre la calidad, la indigna estrechez de las viviendas, la segregación y guetización de sus territorios, la imposibilidad de elegir dónde vivir, la ruptura de los vínculos de vecindad.

En el inventario acumulado de vivienda social de los últimos veinte años están presentes las mayores deficiencias urbano-arquitectónicas —cierres ciegos, quiebre en relación con el patrón arquitectónico barrial, espacios residuales inutilizados, frentes discontinuos, apropiación indebida de espacios públicos—, y de conectividad y transporte público urbano. Por otra parte, los grandes volúmenes de inversión en casas no se han acompañado de un volumen importante de inversión en el plano de los servicios públicos. Las villas crecen alejadas de escuelas, consultorios, parques y espacios públicos: de ahí que la sensación de aislamiento y marginalidad se incremente dramáticamente.

PARTE III. REFLEXIONES FINALES

LECCIONES DE LAS EXPERIENCIAS POBLACIONALES

La experiencia chilena de la década de los noventa es un buen ejemplo de un Estado eficiente y activo en la resolución del gran déficit habitacional acumulado de las décadas anteriores. En toda la historia de Chile nunca se había construido tanta vivienda social para los sin techo y allegados de este país. Sin embargo, ellos recuerdan con nostalgia la vida en sus ranchos y campamentos. ¿De qué habla, entonces, el descontento de estos pobladores?

De los dos casos analizados es necesario destacar un primer aspecto: ninguna de las historias responde a la trama espontánea de las tomas de terreno propias de América Latina.

Villa La Reina, la villa de la década de los sesenta, es una trama concebida desde una utopía colectiva: salvaguardar la convivencia, a la que se superpone un diseño convenido entre el Estado y los pobladores; y la espontaneidad de la “energía” de la autoconstrucción. Proyecto y modelo concebidos por diversos actores urbanos en los que lo público y lo privado se conjugan en una relación virtuosa.

Villa San Arturo, la villa de los años noventa, es en cambio un proyecto que se entrama a un programa de erradicación de lunares de extrema pobreza, en un contexto de indudable primacía del mercado inmobiliario en la definición y en el diseño del tipo de solución habitacional y urbana. Si en la década de los sesenta primó la utopía de la promoción popular, en la de los noventa se impuso el carácter masivo de las soluciones habitacionales y el ajuste del suelo al mercado.

Ambas experiencias confirman que lo urbano no sólo actúa como espejo, sino también como constructor de realidad social. En los años sesenta se descubre el proyecto utópico que transita entre la confianza en las capacidades y los vínculos sociales preexistentes, y simultáneamente la apuesta por un nuevo orden espacial y social. En los años noventa, en cambio, en un contexto de segregación urbana y desigualdad social, los criterios técnicos buscan resolver los problemas de habitación y saneamiento.

Ambas historias, con sus quiebres y continuidades, arrojan una misma lección: la planificación urbana consiste no tanto en pensar la sociedad, como en retratar, en plasmar ese proyecto de sociedad. Ambas experiencias territoriales obligan a pensar la sociedad en una ciudad que niega la diferencia, que excluye y segrega.

Los pobladores de Villa La Reina saben bien que si de las actuales políticas sociales de vivienda dependiera, jamás tendrían una casa igual a la que ellos se construyeron. Y es allí donde reside la clave del orgullo de la autonomía porfiada, de saber que pudieron darle vuelta a la mano del sistema, a un Estado no siempre dispuesto a escuchar. No son los pobladores del reclamo y la queja sino del control cultural, del que habla del poder de decidir sobre los asuntos propios, pero también sobre los ajenos. Así como hay capacidad de ejercicio autónomo, también la hay de construcción de alianzas con otros, con el poder económico y político. Orgullo que habla de la propia historia, de un mito fundante que opera de legado de los hijos, de haberle ganado un espacio a una ciudad que expulsa a la periferia a los más pobres de la sociedad.

En esa experiencia de la autoconstrucción y de la promoción popular persiste una memoria cívica y colectiva de un saber-hacer común y autónomo. Este sentido del “nosotros” en nada se asemeja a la comunidad purificada de Richard Sennet. Es un “nosotros” que se piensa y se vive en vinculación estrecha con el quehacer de la polis y de la ciudad. El sentido de comunidad parece dar la fuerza para luchar por ese espacio en la ciudad. En este sentido, los vínculos sociales contruidos desde esta historia común se transformarán en una identidad territorial entendida como “el poder de habitar” en lo propio y en lo ajeno (Garcés, 2005). Territorio de intersticio, espacio de resistencia cuyos habitantes, a pesar de su metamorfosis y de sus procesos de reconversión, ejercen un poder y un control.

En ambas villas, la memoria y la experiencia constituyen la columna vertebral que soporta un relato y una identidad que, a pesar de los males de la ciudad y de la fragmentación social que también los aqueja, subsiste entre los más viejos vecinos. Pero a diferencia de Villa San Arturo, en Villa La Reina la memoria es reactualizada permanentemente, al punto de poder afirmar con orgullo que la autoconstrucción aún está vigente. Todo parte y vuelve al presente en su tupida urdimbre con el pasado, diría Marc Bloch. En Maipú, en cambio, el pasado no es más que recuerdo nostálgico.

La villa, sus muros rallados, las rejas, hablan de su historia y de las formas deseadas de habitarla ayer y hoy; de los antiguos y recientes miedos y deseos de sus habitantes. Más que de una renuncia de la vieja apuesta comunitaria, los pasajes enrejados de Villa La Reina hablan de una “reactualización”. La reja reinstalada, en un doble movimiento —del antejardín al pasaje—, vino a salvar la confianza y la vecindad, que se había deteriorado en los tiempos de dictadura y silencio, y a imponer la colectividad sobre el encierro privatizado. La reja nos habla de la recuperación —tutelada y sugerida por Castillo Velasco— de relaciones recíprocas que se construyen entre sus habitantes y el espacio habitado como producto de una historia sedimentada en la materia. En Villa San Arturo, en cambio, las rejas no hacen sino reafirmar el miedo al otro, la privatización de su pobreza.

“Antes teníamos por qué luchar, hoy no hay nada”. Esta frase nostálgica de una habitante del campamento de Cerro Navía¹⁴ no parece tener lugar entre los pobladores de Villa La Reina. En el buen sentido, éste sigue siendo un proyecto inacabado; un proyecto propio en permanente construcción, una lucha constante que no se detiene frente a obstáculo alguno. Porque así lo aprendie-

¹⁴ Véanse *Historias de movilidad social de familias pobres urbanas: respuestas estatales a historias singulares*, Fondecyt N° 1020318, e *Identidad e identidades: la construcción de la diversidad en Chile*, Fondecyt N° 1020266.

ron de sus padres. En esta villa de la década de los sesenta, a diferencia de las de los noventa, existe un bagaje social que se preserva, una experiencia social e histórica que construyó una sociedad conformada por individuos fuertes en su identidad, esto es, en su mirada de sí mismos y en su proyecto de identidad.

En este espacio pensado desde lo local-comunal, desde el municipio, con su alcalde y sus pobladores, la pregunta era cómo subvertir el gran poder desde los poderes de abajo, desde el control de los de abajo; y cómo romper, a su vez, con la cuadrícula de una ciudad en la que la sociedad desde abajo parece no tener lugar.

Qué mejor ejemplo que el trazado de Villa La Reina, que subvierte y juega con la visibilidad y la invisibilidad, el punto de encuentro y resguardo, al lado de la luminosidad de la calle recta, abierta a la luz del sur, como dice su arquitecto. A diferencia de los conjuntos de viviendas sociales de la actualidad, cuadrícula de cuadras largas en las que el secreto de la convivencia no se construye jamás, ni aun en los sitios llamados paradójicamente áreas verdes —café—.

Aun cuando el propósito de estas intervenciones públicas durante la década de los noventa era fortalecer las capacidades solidaria y asociativa de los más pobres, los resultados hablan de su deterioro y erosión. La llegada de los programas de inversión social supone un gran esfuerzo de parte de los pobladores para comprender la lógica pública y sus requerimientos, pero además un trabajo no menor de adaptación a los términos de la relación. La focalización de estos programas —que separa a la población en beneficiarios y no beneficiarios— y su lógica de “formulación de proyectos” obliga a los pobladores a competir por las “oportunidades” y la “inversión social” que el Estado ofrece. Si la solidaridad y la ayuda en el campamento tenían que ver con los lazos de consanguinidad, real o ficticia —en estos espacios la vecindad era sinónimo de hermandad—, con la llegada de las políticas y los programas sociales el trabajo colectivo se concentra en fines más abstractos, el “proyecto”, principio unificador y de futuro próximo en el que todos y cada uno deberá invertir. En este proceso, como se ha visto, las estructuras solidarias, las adscripciones comunitarias y las formas tradicionales de reciprocidad tienden entonces a transformarse y a erosionarse.

IDENTIDAD POBLACIONAL O EL PODER DE HABITAR

Toda población tienen un origen; todas tienen historia y trayectoria, pero no todas tienen una identidad, esto es, un relato, un discurso en el que el origen, la historia y un nosotros se amarren a una trama continua y coherente, a un proyecto de futuro. Sin este relato comprensivo y utópico, no sólo se dificulta la identificación con el propio territorio, sino también los vínculos de reconocimiento de la ciudad.

En la ciudad de Santiago el territorio ha sido desde siempre un recurso de integración e identificación en el propio grupo de pertenencia; pero también de desintegración-distinción- diferenciación con el resto de la sociedad. Las representaciones de nosotros mismos en el mundo están íntimamente relacionadas con las formas de ocupar el espacio y de hacer territorio. En este sentido, la identidad no es sólo narración, sino también capacidad de acción y movilización.

Las prácticas y el contexto físico en que éstas se desenvuelven son una fuente esencial de los significados de identidad. Esta condición de la identidad se denomina “territorialidad”, y el historiador Mario Garcés le atribuye el “poder de habitar”. La territorialidad es un rasgo compartido por todos los sujetos sociales, y por ello es un componente básico de su identidad. Un componente cuyo peso varía según las circunstancias históricas, en beneficio de lo laboral, lo político, lo religioso. Y aunque el sentimiento de pertenencia en nuestras ciudades ya no parece estar ligado exclusivamente al vecindario, sino ahora a un gran espectro de espacios dispersos en el contexto urbano, la revalorización e identificación de los vínculos simbólicos de intercambio y afectivos en el pequeño territorio que representa la población, la villa, el barrio y la vecindad, siguen presentes.

¿Cómo se construyen entonces las identidades con el territorio? La respuesta no está sólo en la capacidad de construir un relato de identidad, sino en la situación de poder en la que ese relato se encuentra. Lo que le otorga cierto grado de coherencia, capacidad de acción e interpretativa de su pasado, pero sobre todo de legitimidad frente al resto de la sociedad, es su ubicación en relación con el poder. Para que la identidad goce de legitimidad, sostenía Claude Levi-Strauss, no basta un relato continuo y coherente de la memoria —poblacional, en este caso—; es imprescindible, siempre, el reconocimiento que de este relato hace un otro. Hace falta una mirada que a modo de espejo devuelva al territorio y a sus habitantes la imagen que se desea proyectar. Cuando esta imagen se devuelve distorsionada, estigmatizada, la identidad se tensiona, se debilita, y a veces se fragmenta irremediablemente, y afecta cualquier capacidad de acción y de proyección en el tiempo. Cuando las narrativas identitarias de estos pequeños territorios que reciben el nombre de villas, poblaciones y ahora barrios,¹⁵ son negadas o no reconocidas, pierden su carácter de espacio intersticial, de puente entre el mundo privado y el mundo de lo público, entre el hogar y la ciudad.

¹⁵ Entre las cien medidas que la presidenta Michelle Bachelet propuso al país se encuentra un amplio programa de intervención urbana en doscientos barrios vulnerables en todo Chile. Si se mira con atención, se concluye que estos barrios corresponden más bien a lo que tradicionalmente se ha denominado poblaciones y villas. ¿Por qué hablar de barrios para referirse a unos territorios cuya denominación de origen fue siempre la de población y villa? Difícil respuesta que obliga a escarbar en los significados históricos, sociológicos, urbanos y también políticos que encierra este concepto de barrio.

Las identidades poblacionales se transforman así en la trampa de la identidad del gueto.

El relato nostálgico y de reclamo de muchas villas de pobreza responde justamente a esta imposibilidad de reconocimiento: de una memoria, una historia y una trayectoria de esfuerzo y pobreza que no logra transformarse en una proyección de sí mismos en el tiempo y en la sociedad en su conjunto. Invisibilidad que los deja atrapados en la nostalgia de un pasado idealizado.

Para construir identidad poblacional, esto es, poder de habitar, es necesario tener control sobre las propias decisiones, de modo que aquella se exprese en prácticas concretas, en toma de decisiones, en un poder simbólico y práctico que demuestre el carácter permanente del barrio. Salir de la condición de vulnerabilidad no es sólo un asunto de saber-hacer, sino también de poner en escena, en actos prácticos y simbólicos, un saber-ser. La confianza, en este sentido, es una dimensión esencial del sentimiento de vivir en sociedad. Superar la situación de incertidumbre, la sensación de estar a medio camino entre los márgenes y la sociedad, exige tener la prueba de su fiabilidad y previsibilidad. El problema central, entonces, es crear estas condiciones de reconocimiento para la integración social.

Una política que se propone repensar la cohesión urbana desde el fortalecimiento de sus barrios está obligada a situarse en los procesos de construcción del poder y la toma de decisiones de estos pequeños espacios de la gran ciudad; de sus articulaciones con la metrópoli, con el mercado laboral, de las trayectorias y los imaginarios que dan cuerpo a las fronteras y a las relaciones no siempre armónicas de sus habitantes en la gran ciudad. “Una ciudad que no se comprende no se puede querer”, decía Armando de Ramón. Parece necesario, entonces, hacer hablar a esa memoria colectiva de sus batallas perdidas y de sus batallas ganadas; de sus exclusiones y desigualdades, de los puentes y las puertas para poder descubrir ese principio de totalidad que permitirá que los habitantes del barrio, de la población o de la villa, desde sus distintas memorias y utopías, se abran al reconocimiento de todas las marcas y huellas sobre la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

- Aldunate, A. *et ál.* (1987). *Evaluación social de las erradicaciones: resultados de una encuesta*. Santiago: FLACSO.
- Álvarez, J. (1988). *Los hijos de la erradicación*. Santiago: PREALC.
- Bajoit, G. (2002). “La mutation de la politique sociale dans les États néo-libéraux”. Ponencia presentada en el Seminario Políticas Sociales. Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso.

- Bengoa, J., F. Márquez y S. Aravena (2000). *La desigualdad: testimonios de fines del siglo XX*. Santiago: SUR.
- Bourdieu, P. (1993). *La misère du monde*. Paris: Seuil.
- Castillo Velasco, F. (1983). "Premio nacional de arquitectura 1983. Clase magistral", en *Rev. CA*, N° 36.
- De Gaulejac, V. e I. Taboada Leonetti (1994). *La lutte des places*. Paris: Desclée de Brouwer.
- De Certeau, M. (1990). *L'invention du quotidien*, Vol. 1, Arts de Faire. Paris: Gallimard.
- De Mattos, C. (1999). "Santiago de Chile, globalización y expansión metropolitana: lo que existía sigue existiendo", en *Eure*, Vol. 25, N° 76, diciembre.
- De Ramón, A. (2000). *Santiago de Chile*. Santiago: Sudamericana.
- _____. (1990). "La población informal. Poblamiento de la periferia de Santiago de Chile 1920-1970", en *Eure*, Vol. XVI, N° 50, diciembre.
- Dubet, F. et ál. (1989). *Pobladores: luttés sociales et démocratie au Chili*. Paris: L'Harmattan.
- Eliash, H. (1983). "La arquitectura de Fernando Castillo", en *Rev. CA*, N° 36.
- Espinoza, V. (1988). Para una historia de los pobres de la ciudad. Santiago: SUR.
- Garcés, M. (2002). *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. Santiago: LOM Ediciones.
- Geremek, B. (1989). *La piedad y la borca: historia de la caridad y la miseria en Europa*. Madrid: Alianza.
- Gilbert, L. (2004). "Las comunidades del arquitecto Fernando Castillo Velasco 1973-2002. Una alternativa de vida urbana en Santiago de Chile", en *Seminario de Arquitectura*. Santiago: Universidad de Chile.
- Hidalgo, R. (2002). "Vivienda social y espacio urbano en Santiago de Chile. Una mirada retrospectiva a la acción del Estado en las primeras décadas del siglo XIX", en *Eure*, Vol. XXVIII, N° 83.
- Icaza, A. M. et ál. (1991). "Programas de vivienda, participación de pobladores y técnicos: estudios de caso 1959-1987, Santiago de Chile", en *La asesoría técnica en los procesos habitacionales populares de América Latina*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios del Hábitat Popular (CEHAP).
- Jünemann, F. (2005). "Comunidad e identidad urbana: Villa La Reina". Informe de práctica Fondecyt 1050031. Santiago: Universidad Academia Humanismo Cristiano.
- Katzman, R. (2001). "Seducidos y abandonados. El aislamiento social de los pobres urbanos", en *CEPAL* N° 75, 171-189.

- _____. (2003), “La dimensión espacial en las políticas de superación de la pobreza urbana”, en *CEPAL* N° 59, 120.
- Lefebvre, H. (1976). *Espacio y política: el derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Lomnitz, L. (1987). *Cómo sobreviven los marginados*. México D. F.: Siglo XXI.
- Lynch, K. (1998). *La imagen de la ciudad*. Barcelona: GG Reprints.
- Mac Donald, J. (1972). *Evaluación de la vivienda en Santiago*. Santiago: Universidad Católica.
- Márquez, F. (2005). “Nostalgia y reclamo: pobreza, identidad y contrato social en Chile”. Tesis presentada para obtener el título de doctor en sociología. Lovaina: Departamento de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Católica de Lovaina.
- _____. (2002). “Apuntes de terreno: los campamentos de Cerro Navia”, en *Ciudadanía y desarrollo local*. Santiago: IAF-SUR.
- MINVU (2004). *Chile: un siglo de políticas en vivienda y barrio*. Santiago: Gobierno de Chile.
- Pérez, L. (2005). “Comunidad e identidad urbana: Villa La Reina”. Informe de práctica Fondecyt 1050031. Santiago: Universidad Academia Humanismo Cristiano.
- Rodríguez, A. (1984). *Por una ciudad democrática*. Santiago: SUR.
- _____. (2001) *Los con techo*. Santiago: SUR.
- San Martín, E. (1992). *La arquitectura de la periferia de Santiago. Experiencias y propuestas*. Santiago: Andrés Bello.
- Sennet, R. (1997). *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Barcelona: Alianza.
- Simmel, G. (2002). *Les Pauvres*. Paris: PUF.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- Zerán, F. (1998). *Tiempos que muerden. Biografía inconclusa de Fernando Castillo Velasco*. Santiago: LOM Ediciones y Universidad ARCIS.